

Alejandro García. Epistolario clínico.

Sábado, 19 de agosto de 1843

Estimado doctor,

Como ya sabe, me encuentro en una situación crítica desde hace algunos meses. Mi odio hacia mí mismo aumenta día a día, soy capaz de sentirlo. Cada uno de ellos me cuesta más encontrar la motivación para salir de la cama. Poco a poco, me he convencido de que una persona como yo no debería hacerlo. Cada una de mis acciones, mis palabras, mis gestos, mis respiraciones, me genera un arrepentimiento que cada vez me resulta más complicado soportar. Vivo con la permanente seguridad de que no paro de fallar, de decepcionar, de fracasar. Todas las personas que apreciaba se han alejado de mi vida lentamente, hasta que me he quedado en una extrañamente agradable soledad. Nadie me juzga ni me mira, lo cual, en cierto sentido, es tranquilizador.

Ni siquiera comprendo de dónde proviene mi desprecio por lo que soy, pues nada me genera ya sentimientos tan fuertes, tan desoladores, como lo hace este odio. Nada me trae tristeza ni alegría. Existo en este mundo cual autómatas desgastado, mis engranajes sólo se mueven por la fuerza de la inercia que suponen la costumbre y el miedo a morir.

Lo único que me trae cierta paz mental es pintar. Pintar cuadros pésimos, que no le gustan a nadie, ni siquiera a mí, pero me ayudan a escapar. Soy capaz de dejarme de lado y entregarme al arte, a la mezcla de colores y al estudio pictórico. Cada trazo supone una inmersión en una realidad distinta, en la que no tengo que soportarme porque no existo a menos que así lo desee. Me sumerjo en mundos ajenos, distantes y ciertamente nostálgicos, donde sé que podría encontrar la paz.

Aunque la pintura es un gran refugio que me ayuda a sobrevivir, no creo que pueda aguantar mucho más siendo yo. Por ello, me gustaría comentarle una idea que atravesó mi mente una de las últimas noches, un pensamiento súbito y liberador: crear una persona imaginaria, con mi mismo cuerpo, pero cualidades opuestas a las mías. Crear un grandioso alter ego, literalmente un "otro yo". Darle vida a la persona que retrato continuamente en mis cuadros cuando pretendo dibujarme a mí.

Si yo soy una persona asocial, cerrada, ensimismada, mi alter ego será sociable, abierto al exterior y a la vida. Si mi nombre es largo y común, el suyo será corto y exuberante. Por ejemplo, Saya. E intentaré acercarme a este encantador personaje, que asiste a eventos sociales, actúa con naturalidad, es ingenioso, espontáneo y cercano, se ama a sí mismo. Solamente con pensarlo ya me parece ciertamente irreal, incluso me hace reír. Pero algo he de probar, intentar lo que sea para escapar del odio, del arrepentimiento, del aislamiento.

Antes de comenzar a actuar como Saya, antes de dejarme tragar por las fantasías que dibujo, me gustaría pedirle su opinión. ¿Cree que de esta manera podría estar más cerca de una felicidad, aunque sea como simple entretenimiento, evasión de mí mismo?

Espero su respuesta. Muchas gracias por su atención,
Alejandro

Jueves, 7 de diciembre de 1843

Querido doctor,

aún no he recibido su carta, y dado el tiempo que ha transcurrido, me temo que se haya extraviado. Al transcurso de una semana sin noticias tuyas, decidí comenzar mi proyecto, comenzar a actuar como Saya lo haría. Comencé tomando cada uno de mis pensamientos, e intercambiándolo por el contrario. Luego pasó a ser una realidad externa. A cada cosa que pensaba decir o hacer, decía o hacía la contraria. De un día para otro, parecía tener una perspectiva de la vida radicalmente distinta a la que me había caracterizado durante toda mi vida.

Empecé a salir más, proponer planes a los pocos contactos que me quedaban. Hablé con todo el mundo que se cruzaba conmigo, me preocupé por la imagen que pudieran tener de mí y comencé a cuidarla más. Entonces comencé a asistir a eventos, a resultar agradable, cálido y de fácil trato. Adjetivos que nunca habría usado para describirme. Pero sí a Saya. Estaba conociendo una nueva felicidad, completamente ajena a lo que soy. Así, transcurrieron meses.

Una tarde, mientras me arreglaba para asistir a una gala, como el señor correcto y civilizado en el que me había convertido, escuché un golpe seco en mi despacho. Cuando llegué, me inundó un gran estupor: era uno de mis cuadros, acostado sobre la alfombra. Llevaba meses sin pintar. Meses sin hacer aquello que antes me completaba como persona, lo único que me traía paz. Quedé paralizado durante unos instantes, y entonces me dirigí precipitadamente al espejo más cercano. Cuando miré, vi un rostro que no era el mío. Vi los rasgos tranquilos, orgullosos y decididos de Saya, y no los de Alejandro. No me encontraba por ninguna parte. ¿Dónde estaba el “yo” que siempre había sido, qué había hecho con él?

Seguía mirándome y mi horror no parecía sino agudizarse. En mi chaqueta, bordada, lucía una magnífica y espléndida letra S. ¿Cuándo había pedido al sastre que la cosiera? Mi sentido del yo se desmoronaba por completo. Me di cuenta de que me había presentado a todos mis nuevos amigos como Saya. Que cuando pensaba, usaba ese nombre para referirme a mí mismo. Que Alejandro ya sólo existía para una parte de mí que había estado silenciosamente encarcelada en una polvorienta celda durante meses. Y la puerta que lo mantenía retenido sólo podía desbloquearse mediante las únicas marcas de existencia que me dejó como herencia: sus cuadros.

Doctor, siento que mi identidad se desdibuja, que me pierdo en mi creación, que mi propio juego juega conmigo. Saya y yo seguimos siendo opuestos, pero indistinguibles. Es más, cuando hablo de “yo”, no puedo estar seguro de la persona a la que me refiero.

Lo que más me inquieta es que no estoy completamente a favor de detener a Saya. Me tienta la posibilidad de perderme para siempre, dejar que Saya tome mi lugar y olvidarme de Alejandro, de lo que una vez fui. Pues realmente si olvidé a Alejandro tan fácilmente fue porque no podía soportarlo más.

Y al fin y al cabo, esos cuadros son realmente nefastos.

Muchas gracias por su atención. Le ruego que me oriente y me guíe en esta duda que me consume y me preocupa.

Alejandro

Martes, 27 de febrero de 1844

Estimado doctor,

Hoy he recibido finalmente su carta, tras más de medio año de la fecha en la que la envié. Por lo que me he podido informar, hubo un serio percance con la logística del servicio postal, y las fuertes nevadas del invierno lo acrecentaron, de manera que su escrito se había perdido hasta el día presente.

Sus palabras me han producido gran estupefacción. No termino de comprender su tono alarmado ni sus consejos, ajenos a mi circunstancia. Lo cierto es que no recuerdo con exactitud las últimas noticias que ha tenido de mí, pero desde luego le puedo asegurar que mi situación ha cambiado gratamente.

Me siento como nunca. Miles de actividades ocupan mis días. Las personas a mi alrededor me aman, y aunque siento que nuestra relación nunca llegará a gran profundidad, estoy satisfecho con mantenerme ocupado y vital. Estoy en paz conmigo mismo y con mi vida. Diría que soy una persona que actúa con naturalidad, que es ingeniosa, espontánea y cercana, que se ama a sí misma.

Al encontrarme tan satisfecho con mi situación actual, y tras profunda meditación sobre ello, he decidido que voy a prescindir de sus servicios. Le agradezco enormemente todo lo que ha hecho por mí a lo largo de los años, y siempre le guardaré mucho aprecio. Ha sido un placer conocerlo y le deseo mucha felicidad en su vida.

Hasta siempre,
Saya

PD: En su carta menciona reiterada e intensamente que siga creando arte, que siga pintando, con un tono extremadamente preocupado. Me extraña, pues yo nunca he dibujado, nunca ha sido una de mis aficiones. Realmente, me da la impresión de que la carta que he recibido se dirigía a otra persona, la cual me encantaría conocer. Siempre he querido aprender a pintar.

Por Lili. Bachiller.